



Una casa sin paredes Menchu Gutiérrez

entrevistada por Esther Ramón

Hay una sabia manera de acercar e integrar lo singular en la escritura de Menchu Gutiérrez (Madrid, 1957), que tiene que ver con su forma de estar en el mundo. Articulando, con naturalidad, la propia diferencia a través de una mirada que vertebra una verdad interior, sin concesiones ni brusquedades, a la vez preservando y compartiendo un espacio muy íntimo, muy suyo. En muchas de las solapas de sus libros puede leerse, en un lugar destacado entre los hitos biográficos, que vivió veinte años junto a su compañero en un faro de San Sebastián. “Era como escribir día tras día la palabra mar muchas veces en la pizarra”. Una pizarra con vistas, a las que podemos asomarnos a través de libros como *El faro por dentro*. Ahora, instalada en una casona de Cantabria conocida como “la casa de María la Molinera”, a las faldas de Peña Pelada, su horizonte se ha solidificado. La pizarra, más que escribirse, impone su peso, su densidad, su incontestable presencia, y el movimiento, como el de la montaña, se hace interno. Al fin y al cabo, mar o montaña, habitar una casa sin paredes sigue siendo vivir en la mirada. Conversamos acerca de su último poemario: *Lo extraño, la raíz*, publicado recientemente por Vaso Roto, que viene a quebrar un silencio poético que duraba ya dieciocho años, los que han pasado desde la publicación de *La mano muerta cuenta el dinero de la vida*, en 1997. Aunque la poesía, dice, siempre está presente: “desde hace años, tengo la costumbre de desayunar una pieza de fruta, una tostada de pan con aceite y miel, una taza de té y... un poema”. Nos ponemos serias y sesudas sobre el papel; fuera de él, en los aledaños de esta conversación, nos reímos de dicha gravedad y la llamamos “entrevista para carajillo y orquesta”. Aun sin estar incorporadas explícitamente, esas risas apelan a lo cercano, a lo cálido de la extrañeza.

169

– Siempre sucede así con la poesía, pero este libro en especial pone palabras a lo que no puede nombrarse. ¿Cuánto hay de experiencia directa, de vislumbre vivido en él?

– “Vislumbre” me parece una palabra que nos acerca a la experiencia poética. Ver luz en medio de la oscuridad; a veces, también, ver oscuridad en medio de la luz. Junto al sentido de la vista, aparece un nuevo órgano capaz de palpar una nueva dimensión de la realidad hasta entonces desconocida. El instante poético roza la eternidad, y el poema se construye con lo que queda de esa experiencia; escribir es un tránsito, un “hacia” hecho de palabras.

– ¿Es la poesía una casa de tránsito?

– Creo que el poema sirve para reactivar una experiencia. La poesía no constituye una casa sólida, es más bien una casa temblorosa, en la que nunca se está de manera permanente; una casa en la que no entramos por la puerta principal, sino, tal vez, por un tragaluz.

– ¿Y cómo entraste en esta casa en concreto, en la de este libro; has seguido a la música, a las visiones, o las has convocado?

– Es muy difícil saber hasta qué punto vamos o venimos en el poema. Muchas veces, la música o las imágenes parecen venir a nuestro encuentro, sin haberlas llamado; otras, creemos haber descubierto sonidos o imágenes que estaban agazapadas, o nos hemos perdido en un laberinto y ha sido al salir de él como ha nacido el poema. En cualquier caso, creo que la invocación no es suficiente, y que el regalo del poema no obedece a leyes fijas.

– Dice Valente que la palabra es el “lugar mediador; lugar que es escala por la que se puede subir a lo alto o descender de lo alto”. ¿Qué opinas, religando con *Lo extraño, la raíz*, de esta afirmación?

– Lugar mediador, sí... sin embargo, me parece que esa escala es poco segura, yo le restaría algunos peldaños. Sirve para ascender y para descender, pero le faltan peldaños.

– “Subíamos al sótano / y bajábamos al ático”, dices, en unos versos que se reiteran en el libro. Jung apunta a que “altus” significa alto y bajo, y en alemán “Boden” significa “ático” y también “sótano”. Esto nos remite al terreno del inconsciente. ¿Qué o cómo se busca en el alto sótano y en el ático subterráneo?

– Se supone que subimos al ático para ver las estrellas y que encontraremos moho en el sótano. Desconfiemos de las ideas preconcebidas. Yo entiendo la escritura como una mezcla de riesgo y de cordura. Escribo con lo que sé y con lo que no sé.

– Tal vez llegados de ese no saber con el que también escribes, los pájaros atraviesan todo el libro, ponen voz o letras silenciosas a vivos y muertos. ¿Qué suscitan en ti, cómo los lees?

– Creo que no podemos separar el canto de los pájaros de su condición de seres voladores. Nosotros somos seres de gravedad, estamos ligados a la tierra que tira de nosotros. También las palabras pueden pesar, atraparnos en otra suerte de fuerza de gravedad. El pájaro entonces canta sin las ataduras de un sentido restrictivo.

– En el lado más amargo de esa gravedad, de esa inercia, se percibe en el libro una inmovilidad insalvable, pero también un movimiento programado, como el del tren, que es casi peor. ¿Es imposible el movimiento?

– Nuestros sentidos nos dicen que el agua del vaso está quieta, y sin embargo el movimiento es incesante en su interior. Ni siquiera la mole de la montaña permanece inmóvil, aunque parezca decirnos lo contrario. La inmovilidad a la que me refiero es metafórica, y apela a la cárcel de las ideas.

– El apartado “El dictado de la montaña” se compone de unos poemas en prosa que juegan con el prefijo “trans” o “tras”. ¿Todo transcurre, y no ocurre, como habitualmente pensamos? ¿Cómo se modula esa “transición” en el libro?

– Una montaña como único horizonte eleva una pregunta: ¿qué hay al otro lado de la montaña? Si consiguiéramos coronarla, ¿se disolvería la pregunta? ¿Qué es lo que sabemos del otro lado de la montaña sin movernos? En el libro digo que “tránsito” no transita, que está quieto. Tránsito evoca el antes y el después, es casi una definición del tiempo.

– Decía Simónides de Ceos que “la poesía es pintura que habla, y la pintura poesía muda”. En este libro, en ocasiones, la escritura permanece muda y se inclina hacia la pintura (“letras de tinta que no pronunciamos”) y la pintura grita (“el pincel pinta a grandes voces”). ¿Qué importancia adquiere en tu poesía la pintura?

– Las imágenes han tenido y tienen en mis poemas una gran importancia. He pintado y dibujado mucho, física y mentalmente, y el poema me ayuda a otorgarles otra clase de vida. Por las rendijas de las palabras se cuelan otros sentidos y estos crean en la imagen una suerte de reverberación sinestésica.

– Siguiendo el hilo de la sinestesia, parece haber aquí dos ejes de percepción: la vista (el ojo) y el oído (la vibración), aunque se insta, por ejemplo, al ojo a no pensar. ¿Cómo perciben o crean el mundo?

– Creo que en estos poemas lo que sucede es que se está poniendo en duda constantemente a los sentidos, o se les está pidiendo que se nutran de nuevos alimentos. El ojo no debe confundir lo que registra con una realidad que le excede.

– Existen otros dos ejes en el libro, espaciales. El poema “El tren” habla de un eje horizontal e inapelable, en el que también se mueve el río. La montaña y la escalera forman en cambio un eje vertical, que une dos ámbitos: cielo y tierra. ¿Qué papel juega lo espacial, cómo funciona en este mundo en el que nos adentras?

– Te respondería con un antiguo poema indio que dice que el universo es una casa sin paredes, y recordando que el vientre materno es nuestro primer espacio de referencia. Creo que el espacio de mis poemas se construye entre ambas ideas.

– La última parte, “La nebulosa” está rodeada de misterio. En una atmósfera de ciencia ficción, el yo poético se sitúa fuera de la vida en la tierra, en el espacio exterior. Ya no hay límites espaciales ni temporales en el viaje, y los libros sólo contienen huellas, ausencias. ¿Qué roza aquí la palabra alejada, abismada, en ese límite?

– El poema comienza con estas palabras: “Quizá porque intento entenderla / hace frío en la nebulosa. / Tal vez si no buscara en la materia negra / la nebulosa

me cubriría como una sábana de luz. / No importa cuántas veces la nebulosa se esconda en la nebulosa / veo mi sangre en ella". Éste es un viaje por un cosmos sin sentido, desprovisto de sentido humano, en el que llevamos nuestra humanidad a cuestas. Hace frío en la nebulosa, pero nosotros podemos extraer calor del frío, descubrir en ella un elegante salón iluminado para un baile, extraer sonidos de los anillos de Saturno. Las palabras se hermanan con las estrellas y sortean el silencio.

– Dices: "quizá sea amor el albedo de mis manos, / la luz reflejada de amor de la nebulosa". ¿Cuánto amor hay en lo extraño, en la raíz?

– Desde que tengo memoria he pensado que es un error humano buscar sentido a la vida. Sin embargo, si algo puede acercarse a ese "sentido", si algo merece la pena en este tránsito que llamamos vida, sin duda, para mí es el amor. Una forma de desaparecer en el otro que, paradójicamente, actúa como un renacer.

